

Javier García Rodríguez, *Literatura con paradiña, hacia una crítica de la razón crítica*, Salamanca, Editorial Delirio, 2017, 150 páginas.

¿Cómo reseñar una obra que se resiste a ser reseñada? *Ceci n'est pas une pipe*. Desde que Javier García Rodríguez publicó su *texto* han sido numerosas y muy merecidas las reflexiones metateóricas, metacríticas, posthermenéuticas, entre otras denominaciones que pudiera utilizar con tanto o tan poco acierto, que se le han dedicado con el propósito de dar cuenta de una propuesta que merece especial atención en el maremágnum de títulos que nos asfixian a diario, en un vano intento de separar con tino el grano de la paja. *Literatura con paradiña* es grano, en más de una acepción.

Quien escribe ha leído con atención y mucha curiosidad esas reseñas que describen lo irreseñable y se admira de comprobar con qué solvencia y claridad se puede diseccionar una obra que parece diseñada, *maquiavélicamente*, para no dejarse introducir en el territorio de los géneros académicos. Después de tres lecturas desistí de mi empeño. ¡Qué incomodidad! Me decía... ¡Y qué disfrute! Tenía ante mis ojos un juego del que me resistía a aceptar sus reglas, que son no reglas, al fin. Cuando una entiende esto, puede enfrentar la tarea de escribir sobre *Literatura con paradiña*, pero quizá no una reseña o, al menos, no una reseña al uso. Me confieso incapaz.

Por otra parte, Javier García Rodríguez me da su bendición pues él mismo declara abiertamente en su preámbulo que el libro ensaya «una crítica de la razón crítica (que es, al tiempo, una crítica de la razón ficcional), esto es una problematización de las formas hermenéuticas o analíticas tratando de expandirlas hacia espacios menos transitados» (p. 12). Arrojado el guante no queda sino batirse. Y mejor hacerlo por partes para que el duelo no deje al lector *touché* tras el primer ataque. Este tiene forma de *novella*, *mutante* claro, porque nada en esta obra es fácilmente asible y se nos escapa entre los dedos cuando creemos haber dado con la palabra exacta que define lo que estamos leyendo. Se podría decir sin faltar a la verdad que se trata de una amalgama de textos de diversa naturaleza escritos por un profesor de literatura española que oculta bajo su actitud desdeñosa y desabrida una «secreta pasión» por lo que él mismo define como «toda la bazofia teórico-milenarista» (p. 20). Entran en juego en esta extensa primera parte elementos muy dispares, y desconcertantes, que obligan al lector a manejar no pocas referencias teóricas y artísticas contempladas desde una distancia irónica tan bien sostenida que en no pocas ocasiones provoca una abierta carcajada que aleja por un momento la «oscura» tentación denominativa.

La capacidad decodificadora e interpretativa del receptor de *Literatura con paradiña* se vuelve a poner contra las cuerdas llegada la página 81. No es que hasta este punto la lectura haya sido plácida y relajada pero ya creíamos haber captado la propuesta de García Rodríguez: ficcionalizar la teoría y teorizar la ficción, ahí estaba la clave. Pues no, o mejor dicho, no solo, porque para continuar es necesario medicarse: 75 miligramos de pregabalina en capsulas «para el tratamiento del dolor neuropático y del trastorno de la ansiedad generalizada» (p.82). Hay que tomar LYRICA (¿y escuchar a Lyrica Anderson?) para seguir leyendo. Se abre esta breve segunda parte con una extensa nota al pie (11) donde el autor redacta unas «recomendaciones» para afrontar la recepción de las páginas que siguen y extraerles el máximo provecho. ¿Piedad por el lector? Más luminosa resulta la cita que encabeza el ¿capítulo? de Richar Rorty: «Leer textos es verlos a la luz de otros textos, personas, obsesiones, retazos de información, o lo que sea, y luego ver qué pasa» (p. 81). Las palabras del filósofo emergen como una guía de lectura de la propuesta que tenemos entre manos y una conminación: *ver qué pasa*.

Justamente es la actitud que precisa «Narratología para *dummies* (Crítica de la razón ficcional)», la tercera parte de este libro. Volvemos al carácter fragmentario de la *novella* inicial elevado a la máxima potencia. Bajo la forma de diccionario se suceden las *entradas* separadas por asteriscos sin orden alfabético ni de ningún tipo, aparentemente. Los conceptos *teóricos* («Lector implícito», «personaje agónico», «autobiografía», etc.) se alternan con los «Hechos probados» —ilustrándolos, cuestionándolos, evidenciándolos, contradiciéndolos— cuyo resultado es una estructura fractal donde se proyecta la posmodernidad. Constituido a partir del participio de pasado del verbo latino *frango* que significa «romper en pedazos», *fractus* («quebrado» o «fragmentado») incluye en sus acepciones distintos aspectos bien aprovechados por parte de García Rodríguez. El fractal no solo es el detalle sino que, como recuerda O. Ette, es posible hablar de una geometría fractal de la literatura especialmente desarrollada en las últimas décadas, de las que parecen nutrirse las páginas de esta tercera parte.

Cuando nos acercamos al final del juego, el autor parece levantar el pie del acelerador y dejarnos vislumbrar, aunque no demasiado, no hay que confiarse, ese ensayo que prometía al principio y del que nos habíamos olvidado llegados a este punto. «Cultura del post y sociedad...» y «Contra Aristóteles...» reducen sensiblemente su dimensión ficcional y el discurso académico *sui generis*, como gusta a su autor, alcanza mayor protagonismo. Sin renunciar a las citas literarias, Javier García plantea en la cuarta parte, la necesidad del discurso teórico y crítico de renovarse si quiere seguir cumpliendo su misión en un momento en que la poesía, particularmente, parece caminar por un universo caótico. Y vuelta al fractal a modo de conclusión: «No preguntes lo que el poema puede hacer por ti. Pregunta lo que tú puedes hacer por el poema. [aparte] Si Rubén Darío lo escribiera hoy, probablemente, tal vez su poema se titularía “Lo Fractal”» (p. 126).

Al final *emerge* el teórico, más teórico que nunca, García Rodríguez cierra su *Literatura con paradiña* con la Escuela de Chicago, sin renunciar por ello a la ficción, por supuesto, que precisa para explicar las dos posturas críticas que se dan cita en la quinta y última parte, los neoaristotélicos y los culturalistas. Hace falta mucha teoría para leer teoría. Cierro el librito azul desnortada y recuerdo algo que leí en las primeras páginas, donde abundaba la ficción más ficcional, sobre *Cero absoluto* de Javier Fernández:

«Convencido de que la forma es una manera de abrir el texto a mayores densidades simbólicas y semánticas, [la obra de Fernández ofrece] no solo una variada gama de posibilidades formales, sino la integración de estas en un proyecto literario, significantes, que interpela al lector en niveles hermenéuticos muy poco cómodos, que le obliga a transitar por dispares enciclopedias exegéticas: la superposición de géneros, la disposición tipográfica, la narración fragmentada, la imagen» (p. 38).

Quizá sea esto *Literatura con paradiña*, una nueva manera de escribir teoría al tiempo que es otra manera de escribir ficción, o quizá no. Recuerden. *Ceci n'est pas une pipe*. Esto no es una reseña.

M.^a Paz Cepedello Moreno
(Universidad de Córdoba)